

Universidad, lectura literaria, “lectura pública” de literatura.

Dra. Susana Gómez (Suny)

Nos convocan para compartir reflexiones sobre promoción de la lectura, y especialmente a Martina y a mí para hablar de la lectura literaria y la universidad. Lo cual supone presenciar actuaciones en un escenario complejo en sus propuestas y redes de inserción, tanto de la Universidad en sí –la tradición universitaria y los “extramuros” de los que hablase Derrida¹- como de las inversiones de tiempo, así como de recursos humanos que la lectura literaria está requiriendo dado el crecimiento constante desde las aulas a otras aulas o hacia otros espacios, en una correlativa imprevisión y relatividad entretejidas a la supuesta direccionalidad planificadora del saber en la universidad.

Por otra parte, como hemos venido discutiendo, el escenario de la promoción de la lectura goza hoy de un estatuto casi profesional a la vez que se han multiplicado acciones de menor alcance que conforman un mapa inmenso de habilidades en que se concreta un nuevo concepto de comunidad lectora más cercano a la gente y a las expectativas culturales. El pequeño centro o el animador de a pie han salido de las aulas de la universidad en titulaciones muy dispares que van de la docencia a la bibliotecología, a la comunicación o a la psicología o la educación.

Leer para ejercer la ciudadanía y ya no sólo por pertenencia a la sociedad letrada, en términos de participación ciudadana en el ejercicio en los círculos de vida cotidiana (barrios, escuelas, centros comunitarios, centros rurales) es resultado de factores que aún no se han relevado pero que dan cuenta de la necesidad de volver a ocuparlos con la lectura de literatura entre otras, en que los canales de acceso a la cultura vuelvan a las manos de los ciudadanos. Sin embargo, puedo adelantar un par: la posibilidad de que las universidades sean productoras de intercambios y réplicas, agentes de la transmisión del saber sobre la literatura por fuera del circuito (¿cerrado?) de la escolaridad. Es cierto que las tensiones y conflictos de interés que toda práctica social involucra proveen situaciones de poder y resistencias y, por otro lado, cómo formar lectores desde la universidad, en las carreras específicas pero también en aquellas otras en que la literatura está decididamente ausente hoy.

¹ “Las pupilas de la Universidad”, conferencia inaugural leída en Cornell, NY en 1993. En ella, define lo siguiente: “ «universidad» habrá sido el nombre dado por nuestra sociedad a una especie de cuerpo suplementario que ha querido a la vez proyectar fuera de sí misma y conservar celosamente en sí, misma, emancipar y controlar.”.

Hace un tiempo que la conversación acerca del lugar del “enseñante” de literatura se ha desplazado al del animador, del narrador, del gestor de bibliotecas o de acciones con escritores, radios, editoriales caseras, ferias del libro. También las prácticas mismas del profesor de Letras se han expandido de las Facultades o Institutos hacia el diálogo sin aula pero que comunica la posibilidad de aprender. Este cambio, visto como posibilidad, no es sin embargo resultado de políticas de estado, sino de voluntades dispersas y de enraizamientos en comunidades desfavorecidas en redes y programas extensionistas que surgen de iniciativas personales, situadas en las fronteras de lo académico pero nutridas del saber que se metamorfosea en conocer comunitario. No es extraño, que me ha pasado muchas veces, encontrar graduados de carreras diversas que dan su tiempo y se capacitan para cumplir esa tarea a la par de sus trabajos a sueldo o de sus docencias de aula formal.

En este encuentro se han dejado de lado las anécdotas y con ello un modo de transmitir el saber que necesita del relato tanto como lo necesita la vida (son palabras de Marc Augé). Pero puedo transigir esta regla ya al final del encuentro para señalar que los proyectos nuevos de participación ciudadana de los estudiantes universitarios y las tareas extensionistas motivadas por docentes están llegando a la lectura literaria sin prisa pero sin pausa en que la lectura literaria es un pedido, una necesidad. Sin hablar del descubrimiento del taller literario como lugar de intervención social en que se descubre de pronto que se requieren saberes nuevos impensables en la cómoda silla de la élite académica y del canon oficial. De pronto, la literatura sirve (Graciela Montes) y para otra cosa que sólo enseñarla como contenido en la secundaria. Otra situación es la del magisterio, con un curriculum de la actual reforma en el cual existen contenidos tales como animación a la lectura, libro álbum, la LIJ, la elaboración de proyectos institucionales de promoción de la lectura.

Estas situaciones se ven en el horizonte del Propale tras nueve años desde su fundación en 2003 con su Plan de Formación a Distancia: el resolver dificultades nuevas surgidas de políticas ministeriales en educación que no previeron la formación de sus profesionales y que a futuro cercano involucran a nuestros estudiantes de hoy, quienes desconocen que esa actividad tan piola que hizo la profe del seminario con la epistemología es un taller de animación a la lectura. Se han capacitados más de trescientas personas desde entonces, algunos estudiantes de Letras de la propia casa y otros de países latinoamericanos donde el panorama es bastante parecido. Y por otro lado, experimentamos un proceso en el cual la universidad se perfila interviniendo en órdenes de la vida que antes no suponían que tenía relación con la lectura literaria, como el caso del relato de vida en mujeres de cuatro villas miserias muy pobladas de mi ciudad o las actividades de centros comunitarios rurales al que

acuden niños a merendar “con cuentos”. Incorporar la literatura a la vida cotidiana, así como el relato es imprescindible para pensarse y no sólo “para” imaginar, sino en un imaginar siendo que define una identidad en compartir con ese otro, cuyo *rostro* es igual al mío².

Me atrevo a comunicar que los planes nacionales de lectura, sus regionalismos, parecieran pasar por otro lado. Desde la universidad se buscan alianzas con el tercer sector, con las bibliotecas o las instituciones barriales o los municipios rurales en una movilidad que es interesante de indagar e investigar. Un integrante del propale se propuso investigar qué está pasando hoy con las nociones de literatura en estos espacios de lectura literaria.³

Podríamos tener en cuenta estos dos factores en la descripción de este escenario planteando dos caminos abiertos por la observación del entorno de la promoción de la lectura en la universidad.

- a) Una presencia estabilizada y cautiva de la literatura en las aulas de las carreras de Letras o Lenguas, un modo de leer, una práctica lectora y un sujeto lector.
- b) Una emergente y joven práctica extensionista en promoción de la lectura literaria en red con las acciones de las instituciones del tercer sector.

En estos dos ejes se pueden explicitar los puntos principales que guiarían una mirada plural sobre la lectura en las políticas públicas, más allá de la literatura y más acá de las instituciones. Hablamos de la elección de la lectura literaria como una decisión vocacional; es decir, experimentar leer, gustar de leer y motivar a otros a hacerlo. Seguidamente, la cultura letrada como elemento de la doxa que indica la participación ciudadana a partir de la incorporación de la lectura y de la escritura como fundantes de toda acción y de todo conocimiento, en la cual la literatura sería en la modernidad su modelo. En tercer lugar, la lectura literaria como herramienta de inserción y conciencia sociales, más allá de los modelos de lengua, como diremos al final de este trabajo, en la pluralidad de las lenguas que la palabra literaria moviliza.

Mis preguntas hoy son: ¿Qué vincula estos puntos en un dibujo de las posiciones contemporáneas acerca de la lectura literaria? ¿Cómo pensamos el leer y en qué procesos desde la universidad a extramuros y viceversa? ¿Podremos reflexionar situándonos en el margen entre ser lector de a pie

² No soy conocedora de la obra de Levinas, pero he aprendido algo de mi colega Bibiana Eguía: Para Levinas, el rostro habla, sólo con manifestarse es un discurso, es pura piel, es ojos pero es gesto y ese gesto nos coloca frente al otro. En este sentido, leer con otros es hospitalidad. La hospitalidad de la lectura.

³ El Propale se funda con graduados que pertenecen al CEDILIJ, con quienes firmamos convenios. Pero en su trabajo nos aunamos a centros comunitarios y en menor medida escuelas; trabajamos en la formación de mediadores muchos de ellos bibliotecarios populares o partícipes de proyectos en estos espacios. Todos los miembros “ejercemos la práctica” en diferentes lugares, es nuestra marca de agua, sutil pero imborrable.

y lector académico de literatura? ¿Se puede vivir, experimentar el estado de lector de a pie, si se transita las aulas de la crítica, del saber mientras se pretende ser lector que invita a otros a leer?

Centrándonos en el nudo mismo de la lectura literaria, la describiremos como un conjunto de goces y acciones que se vinculan a la práctica estética de la escritura; que conmueve e historiza el relato de la vida, de esa existencia lectora que agrega esto que llamamos *literatura*, independientemente de cómo la definamos y de las circunstancias personales. Veamos el problema central de lo literario, en este de entre otros fragmentos de mi colección de indefiniciones que vengo haciendo en mi pasión por la teoría literaria. Elijo esta, que uso mucho en los cursos de posgrado y en las instancias de trabajo con docentes. Es de Jonathan Culler, de un manual tan sencillo que podría leerse el domingo al sol de la tarde:

La literatura es una institución que vive con la evidenciación y la crítica de sus propios límites, con la experimentación de qué sucederá si uno escribe de otra manera. Por tanto, literatura es a la vez sinónimo de lo plenamente convencional -el *corazón* disputa con la *razón*, una doncella es hermosa y un caballero es valiente- y de lo rupturista, en que el lector debe esforzarse por crear cualquier mínimo sentido. [...]

La pregunta de qué es literatura no surge, según sugerí más arriba, porque se tema confundir una novela con un estudio histórico o el horóscopo semanal con un poema. [...] Pensar la literariedad, entonces, es mantener ante nosotros, como recursos para el análisis de esos discursos, ciertas prácticas que la literatura suscita: la suspensión de la exigencia de inteligibilidad inmediata, la reflexión sobre qué implican nuestros medios de expresión y la atención a cómo se producen el significado y el placer. (Culler, ed. 1997: 55)

Esto nos coloca en una ruta –no rutina- diferente acerca de qué involucramos cuando nos ocupamos de la literatura, porque quienes escuchan esta cita esperan otra cosa. Nada de definiciones, la argumentación usa el modo definicional de disponer las ideas, pero en su decir indefine, o deja de lado la posibilidad de definir. Un sinónimo, el moderno que dualiza la vida entre razón (instrumental) y corazón (el sentir y los sentimientos) en ese juego doble de lo masculino y lo femenino que cita Culler en la metáfora de los relatos cortesanos y de los cuentos de princesas. Convencional pero *a la vez* rupturista, dice Culler, capaz de realizar el quiebre o el estallido en que leer –y concuerda con Barthes- es un trabajo, una labor, un esforzado destino. ¿Acaso no les ha sucedido que, cuando estudiaban “literatura” en la escuela o en la carrera profesional, se les impuso el *hacer*, el sentirse atrapados por la realización de una tarea que dependía indefectiblemente de su voluntad y de su camino a un lugar que no sabían cuál era pero que debían encontrar? Esa necesidad de leer –instrumental pero pasional al fin- de incorporarse como a una caminata en que cada montaña parece ser la última pero sirve para ver que hay otra más alta aún y más lejana

En la universidad, el cuerpo del saber acerca de la literatura se impone por sobre el cuerpo de goce o del goce corporal que implica una escuchar una lectura literaria en el aula de Letras.

Hablemos por caso de la cita textual, que se estila leer como si no fuera un fragmento de una novela o un poema, haciendo con los dedos el gesto de comillas (símbolos si los hay, indicadores de una escritura en el aire) y despojando de emoción las palabras. Un aprendizaje oculto el de ser buen citador académico, que golpea en la frente del escucha para quitar toda ilusión de arte y de emoción en el tiempo que dura la cita. No olvidemos que la literatura radica en llegar a la imaginación, a lo ausente que se intenta señalar a partir del signo verbal pero que, cargado de evaluaciones –diríamos con Bajtin- también pone en la mente el imaginario de esa entonación valorativa del enunciado literario. Sin embargo, la literatura en el aula de Letras es subsumida por la citación como técnica de lectura y, en el caso de que algún profesor exprese sus emociones leyendo o intente compartirlas, alguna fuerza de Ley turba el goce abierto, lúcido, la fruición en que los rostros vuelven sensibles los conocimientos.

La emoción que da en el interior, tras los ojos. Leo a Karin Littau, su *Teorías de la lectura*:

[...] el lector –así como el crítico literario en su calidad de lector avezado- evolucionó en el curso de la historia crítico-literaria; fue primero un ser sensual que luego devino fenomenológico, de suerte que su relación con la literatura quedó circunscripta a actos de contemplación, comprensión y construcción de sentido. (Littau, 2006:139)

De alguna manera, este trabajo del profesional de las letras consiste en constituir en cognitivas – en pensamiento, racionalidad- las emociones de la lectura en alta voz. Si es crítico sus emociones quedan detrás de sus ojos. El aprendizaje del crítico implica no caer en el ridículo de manifestar emociones al leer una cita. Porque citar es traer la palabra del otro, no despojarla de aquello que la hace ser “palabra” (slovo en Bajtin) con memoria cultural de su entonación.

El quebrar esta regla subvierte el aula en otra cosa que artistiza el conocimiento acerca de lo literario. Me sucede cuando leo literatura destinada a la infancia en el seminario; es una voz otra que habla a través mío y que antecede la emoción al conocimiento.⁴ De otro modo, no sería posible –no me sale hacerlo de otra forma- recuperar el conocimiento que funda esa zona del campo literario: la destinación a la infancia que no es la de los estudiantes pero que puede volverse imagen, fantasma, en la presencia/ausencia de la niñez como destino de lectura. Destinar la lectura del libro como destino del leer.

También para ese punto, por otro lado, quisiera traer otro texto de mi colección: Un planteo que marca un pequeño detalle en las luchas por el saber acerca de la literatura. Dice Michel Foucault:

[...] ¿es tan claro, realmente, tan evidente, tan inmediato, que se pueda hablar de literatura? Porque, finalmente, cuando se habla de la literatura, ¿qué se tiene como suelo, como horizonte? Nada en absoluto, sin duda, sino el vacío que ha dejado la literatura a su alrededor y que autoriza a algo a pesar de todo extraño, acaso único; lo que ocurre es que la literatura es un lenguaje al infinito, que le permite hablar de sí misma hasta el infinito. ¿Qué es esa reduplicación perpetua de

⁴ Una alumna soltó unas lágrimas hace unos años, para indicarme luego que en las clases de letras se dice: “Cito, blabla bla, fin de la cita”. Luego trabajamos juntas en animación a la lectura.

la literatura a través del lenguaje acerca de sí misma? ¿Qué es ese lenguaje que es la literatura, y que autoriza, hasta el infinito, las exégesis, los comentarios, los redoblamientos? Creo que este problema no está claro. No está claro en sí mismo, y me parece que hoy día lo está menos que nunca. (Foucault, 1998: 81)

Esta situación amerita otra de las reflexiones que desacostumbramos realizar: olvidar que la literatura es lenguaje con el lenguaje, manifiesto en la posesión de una lengua –una lengua maestra, una lengua madre, una lengua mediadora- que da permiso y acceso a una manera de ver el mundo “como si fuera por primera vez” en el decir de los formalistas rusos en la segunda década del siglo XX. Ver las cosas como por primera vez, separando las lenguas (habitual o cotidiana y literaria o poética, Maiakovsky, Mukarovsky y Lotman, porqué no Huidobro, Gironde, Perlongher) en sus usos “diferenciales” en cada praxis y en las versiones de segunda instancia que son las obras.⁵

Lo que ocurre con la literatura es que genera vacío a su alrededor, dice Foucault, tal que cuando levantamos la vista sólo vemos un juego de reflejos pero ya no el objeto. Constatamos entonces que donde hay vacío pudo haber –hay- literatura, en tanto sólo vemos un interminable juego de reflejos en que ella habla de sí misma, vacía de la experiencia de otra cosa que no sea el propio lenguaje. Éste, como poder, refleja pero necesariamente también refracta, sus rayos luminosos cambian de dirección como cuando ponemos un lápiz en un vaso con agua y se quiebra ilusoriamente ante nuestra vista.

Lo quebrado es el objeto del mundo que el lenguaje poseído por el hablante, necesario como herramienta para habitar el desorden que la experiencia vital constante activa en cada momento de la existencia humana. El orden que es recíproco al desorden, como dice Edgard Morin: el orden se autoproduce mientras produce también en su aleatoriedad, genera las interacciones que crean su desorden y así las cosas con la dispersión y el quiebre de los rayos luminosos del leer una obra literaria que lo refractan todo cuando quizá sea más sencillo ver su reflejo.

El lector que busca el reflejo, que evita ver la refracción de las cosas, antecede a su lectura una definición estática, férrea de literatura; porque le esquivo al quiebre de los objetos y al de sí mismo, del yo y con ello, se inmoviliza frente a la escritura. Señalando a Carlos Skliar, a una escritura que involucra un Otro, que no necesariamente debe tener un cuerpo o un sujeto, sino como alteridad inespecífica, no como aquella escritura que “ausenta el yo para inventar el Otro” sino como “un acontecimiento (que es) del Otro, una literatura hecha a partir del Otro, una

⁵ Pero también en sus desusos (como las ideas de que la literatura amplía el vocabulario, reduce las faltas de ortografía y renueva la fraseología de una persona: la literatura como lengua modelo).

escritura que se recubre por completo de la presencia y de la ausencia del Otro, de las presencias y de las ausencias del Otro”. (Skliar, 2006:191)

Lo cierto y lo incierto de la lectura literaria en tanto ausencia y presencia del yo y este Otro, hacen eco en el problema de considerar a la literatura en el marco de las políticas de la cultura letrada, que se publicita como un valor eufórico, *sine qua non* para participar de la vida en común. Se busca que ese *otro* sea tangible, corporal, visible, cuantificable. Hablamos de una cultura regida por la letra en tanto sujeción en la empiria supeditada al dato y a la suma de individualidades cuyo resultado siempre será una resta. ¿Cómo liberar al lector de ese recordatorio constante que funda y a la vez exilia a la palabra que conmueve, moviliza y sobrepasa las operaciones con que pensamos el mundo tangible?

Las acciones en que se media en pos de la literatura entendida de este modo, en el marco de la cultura letrada, poseen ese alto grado de economía en que ésta es mediada a su vez por la explicación, por la exégesis y por las actividades que las subsumen como un sobreentendido. Es más, que hoy tienden a la utilización de dos alfabetizaciones superpuestas: la de la letra y la de la técnica. La letra con tecnología entra, parecieran decir las publicidades de las campañas alfabetizadoras. Pero qué diferentes que son a los espacios literarios (recuerdo de Blanchot) de los blogs que los estudiantes de Letras en Córdoba deben crear para aprobar Producción Textual en la tecnicatura en corrección literaria. Además, a las insuperables iniciativas del Facebook, que no puedo aquí contar anécdotas ya me molesta un poco, en que egresados amigos hacen geniales invitaciones a leer autores raros, a recuperar fragmentos imposibles y a poner “me gusta” frente a una cita de Marguerite Yourcenar traducida por Cortázar.

Llegados a este punto, nos preguntamos por la superficie de las palabras literarias: la escritura literaria por parte de los estudiantes se cuele, se va por el punto de fuga de un país en que ser escritor y no haber pasado por la carrera de letras es un ejercicio de libertad intelectual tanto como lo es haberlo hecho y haberse desempolvado el saber instituido. Supone también reconocer en ellos la des-animación a la lectura que está motivando como resorte salvador el que muchos quieren salir de la contención del profesor para llegar al tallerista, al colega o al grupo de pares en “proyectos de lectura”, en blogs, en ediciones independientes y en las ferias de escritores.

Es decir, buscar una identidad lectora de literatura diferente, extramuros. Un lector que estudia literatura obedece a un doble juego de responsabilidades: la de ser productor de un saber así como la de ser un lector ético, de cara a la vida con los otros (en Bajtin: siempre yo para el otro, nunca el otro para mí).

La actividad universitaria en promoción de la lectura toma entre sus dedos la lectura literaria y la transfiere –intentando no contaminarla con otra cosa- desde el campo literario en sí como práctica artística al campo del saber y de allí luego otra vez a otro campo que ya no es el de origen sino el producido y mantenido por las políticas públicas: el canon en la enseñanza, el espacio de poder en la alfabetización como resolución de una carencia y finalmente el ámbito de los diferentes centros, bibliotecas, talleres, municipios, cárceles, barrios en que se desgrana la tarea extensionista. ¿Cuál es la visión de una Universidad la que estaría motivando estas acciones hacia el extramuros, siendo la causa y la misión de ésta la destinación, en términos de Derrida?⁶

Llegados a este punto, quisiera detenerme en una definición casera de lo que estoy denominando “lectura pública de literatura”, ya no atendiendo a las viejas querellas entre lo público y lo privado, sino a aquel concepto del ágora que las filosofías de posmodernidad recuperaron: la plaza pública. Aquella lectura que abre al debate, en la universidad, a través de acciones que, más que destinar literatura “a ser leída” involucre el reconocimiento de que se destinan oportunidades del leer. Un leer literatura desde el pathos, aquel que era compartido en la vivencia comunitaria de ser espectador de las tragedias como autodestinación del común, en un cara a cara que manifieste ya no una esencia que suponga lo común y que dé por supuesto una noción de literatura, sino el acontecer literatura que hace el lector que comparte.

Nos preguntaríamos qué conceptos de literatura estarían funcionando en la realización de una mesa de libros dispuesta como si fuera de fiesta, con platitos de plástico, botellas llenas de frases sueltas y vasos con poemas para brindar. No se pueden contar anécdotas y tengo muchas con este simple recurso que usamos en el Rastro de Letras, el equipo mutante de animadores a la lectura del Propale, formado por estudiantes y algún graduado y yo, con quienes trabajáramos durante tres años con la obra de Laura Devetach. Esas lecturas en común en un lugar abierto donde pudiéramos montar la mesa de campaña produjeron en los participantes una feliz conjunción de

⁶ ¿Existe hoy en día, en lo que respecta a la Universidad, lo que se llama una «razón de ser»? A sabiendas confío mi pregunta a una locución cuyo idioma es, sin duda, más bien francés. En dos o tres palabras, nombra todo aquello de lo que hablaré: la razón y el ser, por supuesto, la esencia de la Universidad en su relación con la razón y con el ser, pero también la causa, la finalidad, la necesidad, las justificaciones, el sentido, la misión, en una palabra, la *destinación* de la Universidad. Tener una «razón de ser» es tener una justificación para existir, tener un sentido, una finalidad, una destinación. Es asimismo tener una causa, dejarse explicar, según el «principio de razón», por una razón que es también una causa (*ground, Grund*), es decir también un fundamento y una fundación.

voluntades: ¿Acaso no es en una mesa de celebración que nos soltamos, reímos, mostramos quiénes somos y salimos voz monocorde de un citador?

¿Qué espacio universitario otro se está creando en este escenario, que nos ha movilizó a reunirnos en la Red Universitaria de Lectura Literaria Argentina, para fomentar las acciones que desde lo académico hacia el extramuros propicie el intercambio de experiencias, conocimientos y recursos de manera compartida?

La lectura pública entonces como un ágora literaria, siendo partícipes de un modo de des-sujetarse tanto a la letra que entiende a la literatura en su in-definición molesta y de soltarse a ese red del poser/saber-verdad (no de mentiritas) que implica sólo captar la superficie plana de los textos sino buscar la proposición, una apertura a lo posible. Roland Barthes tiene un concepto claro en los años 70 al respecto: la literatura vive en una logosfera, hay muchas otras lenguas que no son ni ingresan a la literatura; se refiere a la socialidad de la literatura que no puede perderse de vista cuando leemos literatura, ya que está inmersa en ese estado de sociedad con sus lenguas diversas no literarias, así como no existe una única lengua de Uno, sino lenguas múltiples en el Otro, la alteridad inherente a la comunicación. Y lo dice cuando no estaba de moda hablar de multiculturalismo en los años 70.

De igual manera podríamos pensar la lectura en término de esa lengua plural, en que la alteridad no quede inherente sino que salga (o como dice Skliar con Barthes, que desborde) hacia el común, la comunitas. No sé si en los planes o programas de lectura en el escenario actual se plantee este peculiar detalle, que reconozca la ausencia y el vacío que provoca la literatura alrededor de su objeto y el lenguaje que, de tanto despojarse de lo contingente se llena de significación, en que se deja abierta la escritura para que Otro la cierre, la concluya.

Blanchot puede decirlo mejor que yo:

La literatura no es únicamente el lenguaje en reposo, el lenguaje definitivamente hecho, inmovilizado y muerto; es más que eso, y no obstante es también únicamente eso, ya que aspira a la paradoja de una lengua que, mientras está haciéndose y como naciente, querría por eso mismo estar definitivamente hecha, ser perfecta. El lenguaje de la literatura no quiere ser distinto de la libertad de quien habla y al mismo tiempo, quiere tener la fuerza de un habla impersonal, la subsistencia de una lengua que se habla sola. (Blanchot, 1949, ed 2007: 56,57)

Pensar la universidad en términos de lectura literaria involucra entonces estos dos elementos: a) formar un lector libertario en el aula de Letras, que se sienta capaz de abordar ese posible de la literatura, y b) capacitar al universitario que actúe en programas de lectura con el concepto de que su trabajo no es el de planificar *qué hacer* sino el de ser lector, público, en ágora, de literatura.

Bibliografía

- Roland Barthes (1974, en ed: 2002): “¿A dónde va la literatura?” diálogo con Maurice Nadeau, en *Variaciones sobre la literatura*, Paidós, Bs As.
- Maurice Blanchot (1949, 2007): “El misterio en las letras”, *La parte del fuego*, Arena Libros, Madrid.
- Jonathan Culler (1997): *Breve introducción a la teoría literaria*. Crítica, Madrid,.
- Jacques Derrida (1997): “Las pupilas de la Universidad. El principio de razón y la idea de la Universidad” en *Cómo no hablar y otros textos*, Proyecto A, Barcelona. Traducción de Cristina de Peretti.
- Michel Foucault (1998) “Lenguaje y literatura” texto inédito hasta 1994) en: *De lenguaje y literatura*, Paidós, Barcelona.
- Karin Littau (2006): *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Manantial, Bs As
- Skliar, Carlos (2006): “De ausencias y, también, de presencias. O de cómo la literatura se ha vuelto demasiado ausente y la pedagogía, demasiado presente”. En Larrosa y Skliar: *Entre pedagogía y literatura*; Miño y Dávila, Bs As